

*COLECCIÓN ASTRONAVE:  
FANTACIENCIA MODERNA*



4

ASTEROIDE DE CARNE

Gini Regan



# ASTEROIDE DE CARNE

Gini Regan

Colección Astronave

LIBROS DEL  
COSMONAUTA

Gini Regan

# ASTEROIDE DE CARNE

Traducción  
de Federico Reggiani



LIBROS DEL COSMONAUTA

Gini Regan

Asteroide de carne / Gini Regan. - 1a ed. - La Plata : La Máquina Infernal, 2022.

96 p. ; 15 x 10 cm. - (Libros del Cosmonauta. Astronave / 4)

Traducción de: Federico Reggiani.

ISBN 978-987-26571-8-5

1. Narrativa Estadounidense. 2. Ciencia Ficción. 3. Pornografía. I. Reggiani, Federico, trad. II. Título. CDD 813

Título original: The Flesh Asteroid

© Federico Reggiani

© La Máquina Infernal. Libros del Cosmonauta.

ISBN: 978-987-26571-8-5

La Máquina infernal. Libros del Cosmonauta  
Calle 47 no. 1448. La Plata. Buenos Aires. Argentina.

edicionescosmonauta@gmail.com

facebook.com/ediciones.cosmonauta

IG: ediciones.cosmonauta

Twitter: @edicionescosmo1

Impreso en Tecnoffset // Araujo 3293 - (C1439FAQ)  
Ciudad de Buenos Aires, en el mes de mayo de 2021

Ilustración de cubierta: Koff

Diseño: Edu Karakachoff

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina // Made in Argentina

## I

La geóloga Kay Giménez se despertó, lúcida y sin más rastros de un sueño intranquilo que una levísima película de transpiración que le perfumaba la piel. Los astrónomos de la base habrían podido calcular la posición del sol con un montón de decimales de precisión. Kay sonrió por primera vez en el día al pensar que el margen de error de su especialidad era de centenares de miles de años. En cualquier caso, no necesitaba cálculos y ni siquiera su reloj para saber, por las luces de los reflectores filtradas en su habitación, que no había amanecido.

“Debí insistir con la fiesta”. No había querido cimentar su fama entre los científicos, ingenieros y militares de la base, merecida pero equívoca, y por eso no insistió. Una buena fiesta habría compensado con el cansancio, el alcohol y el placer la ansiedad que ahora la mantenía despierta, tantas horas antes de la apertura de la cápsula.

Era ridículo que no hubieran decretado un día de fiesta. Se festejaban los despegues y los descensos con algarabía pero esa urna de metal detrás de un vidrio en su cámara presurizada era el corazón de la misión, y habría merecido el homenaje.

Kay recordó su primera fiesta en la base: era una precoz promesa, una becaria de veintidós años cuando el amartizaje del Perseverance. La pérdida de un micrófono y algún desperfecto menor no iban a empañar esa puntería perfecta, y mucho

menos después de una campaña publicitaria digna de los años de Kennedy. La cerveza debe haber consumido buena parte del presupuesto anual de la NASA y aquella noche Kay sintió que por primera vez tenía algo para demostrarle a sus desdenosos colegas. Muy pronto fue acaparada por un piloto bello como un dios y su esposa, una asiática helada y altísima que no bailaba: dejaba que la música la acariciara como si existiera solo para ella. Kay vivió la sensación de estar en el vacío, como si flotara entre Marte y Júpiter iluminada por estrellas indiferentes. La esposa del piloto la tomó de la manó y la llevó al sector de las viviendas de oficiales.

Los recuerdos de frustración son siempre los más vívidos. Por años, Kay imaginó los labios de la diosa amarilla recorriendo su cuerpo con lenta delectación<sup>1</sup>. La noche del amartizaje, sin embargo, no hubo labios brillantes de saliva y dulces jugos.<sup>2</sup>

Esperaban el ascensor. La pareja guiaba con

---

<sup>1</sup> “Lenta delectación” debe considerarse como un inevitable eufemismo del traductor, a efectos de eludir una de esas descripciones, gráficas hasta el anatomismo más recóndito, que han impedido hasta hoy la circulación masiva de la obra de Gini Regan en nuestra lengua. En esta edición, se ha decidido suprimir algunas expansiones de la autora a fin de hacerla accesible a un público familiar. (N. del E)

<sup>2</sup> Será difícil evitar constantes interrupciones. (N. del E)

maestría a su jovencísima presa: convertían esa espera, que para unos cazadores inexpertos hubiera sido ocasión para unas reflexiones poco estimulantes, en parte del juego de morosidades y miradas, una continuación del baile por otros medios. Lo que no esperaban los cazadores era la aparición del depredador mayor. El Comandante de la base los interrumpió con una cordial autoridad y los felicitó como si hubieran manejado los controles con sus propias manos.

El Comandante se parecía a Sean Connery en la transición posterior a su James Bond. Era conocido su poder de seducción, difícil de distinguir de su posición de autoridad.

—La superficie parecía menos polvorienta de lo esperado, ¿no?

La pregunta sólo podía estar dirigida a una geóloga.

—El regolito estaba más consolidado de lo que predecían los modelos. Quizás un efecto de meteorización...

—¿Le gustaría ver las primeras fotos? —interrumpió el Comandante—. No esos collages que le mostramos a la prensa, por supuesto.

En los ojos del Comandante brillaban el alcohol, el deseo y el poder. Elegantes en la derrota, el piloto y la dama de Shangai entraron en el ascensor y se despidieron de Kay con una mirada tenue y resignada.

Kay acompañó a Connery a su oficina. Lo vio

caminar con una viril certeza de su elegancia y pensó que quizás no se había equivocado al elegirlo, de haber tenido la posibilidad de elegir. No hubo fotografías en la oficina. Connery la besó con delicadeza y la despojó con movimientos expertos del delicado vestido con el que Kay había buscado —con éxito indudable— diferenciarse de la colección de jeans y uniformes que dominaban la austera moda local.

El vestido se deslizó a sus pies como si hubiera sido tejido con hilos de niebla. El comandante la recorrió con una sonrisa admirada, se sentó en su alto sillón de conferencias y se quedó dormido antes incluso de que llegara a decaer la modesta erección que había considerado de buen tono exhibir.

Kay se fue sin despertarlo. No tuvo la presencia de ánimo como para buscar a su reina oriental y al héroe volador, y terminó la noche sola en su departamento, hecho el juramento de ser, en lo sucesivo, quien impusiera las leyes en las fiestas dedicadas a coronar el éxito de las misiones futuras.